



EDMUNDO ARAY: EL POETA EN SU LABERINTO

Luis Suardáz Rivero

EDMUNDO ARAY: EL POETA EN SU LABERINTO

Luis Suardíaz Rivero

ediciones
MINCI

**EDMUNDO ARAY:
EL POETA EN SU LABERINTO
Luis Suardíaz Rivero**



Colección Claves

Ediciones **MinCI**

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información

Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular para
la Comunicación e Información. Parroquia Altagracia, Caracas-Venezuela.

Teléfonos (0212) 802.83.14 / 83.15

Rif: **G-20003090-9**

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Jorge Rodríguez

Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura (E)

Estela Ríos

Viceministra de Planificación Comunicacional

Kelvin Malavé

Director General de Producción de Contenidos

Saira Arias Díaz

Directora (E) de Publicaciones

Edición y corrección de textos/**Luisana Castro**

Diseño y diagramación/**Saira Arias**

Depósito Legal: **DC2018002244**

ISBN: **978-980-227-439-0**

Edición digital en la República Bolivariana de Venezuela

Noviembre, 2018.

EDMUNDO ARAY: EL POETA EN SU LABERINTO

Luis Suardíaz Rivero



**EDMUNDO ARAY:
EL POETA EN SU LABERINTO**

NOTA BIOGRÁFICA

Edmundo Aray, es un poeta, narrador y ensayista venezolano, nacido en Maracay, estado Aragua, el 16 de noviembre de 1936. Constante animador, desde diferentes colectivos poéticos y publicaciones literarias, de la vida cultural venezolana durante toda la mitad del siglo XX.

Vivió su infancia y adolescencia en la ciudad de Barquisimeto, donde comenzó su amor por la literatura, por el béisbol y por el cine. No se podría comprender su tránsito vital, su trabajo creativo, sus posiciones políticas, su humanismo desbordado si se desvincula de la pasión, del trabajo constante, de la exploración inquieta de nuevas alternativas para ¡Que la vida amanezca!, como él mismo expresa vehementemente en un poema de su libro *Cantata del Monte Sagrado*. En la remota infancia era asiduo del cine, de las galerías, de los teatros, del cine mexicano, particularmente.

Ha hecho lema de su vida el título de su poemario *Nadie quiere descansar*. Así, su producción abarca la poesía, el cuento, el teatro, monólogos, guiones de cine, ensayos sobre diversos temas, textos heterodoxos, testimoniales, proclamas y manifiestos.

En su faceta de narrador, Edmundo Aray ha reunido sus relatos breves en dos volúmenes recopilatorios, publicados bajo los títulos de *Sube para bajar* (Caracas: Ediciones de El Techo de la Ballena, 1963) y *Los cuentos de Alfredo Alvarado el "Rey del joropo"* (Caracas: Ed. Balumba, 1977). Además, es autor del ensayo titulado *Santiago Álvarez, cronista del tercer mundo* (Caracas: Cinemateca Nacional de Venezuela, 1983). En el año 2000 publicó *Simón Rodríguez, ése soy yo* (guion literario); el monólogo *Manuela, Libertadora, Versos de Manuela*, libro de poesía; *Manuela Sáenz, ésa soy yo*. En el 2002, salen a la luz las historietas *José Martí, ése soy yo* y el primer tomo de *Simón Bolívar*. En el 2003, publica *Mi amado Martí*. Aun continúa construyendo su biografía porque Edmundo Aray no quiere descansar.

El poeta en su laberinto

En la deslumbrada adolescencia cada día descubría un autor, una obra, una página para recordar. Fue así que durante tres días de fuerte resfriado me sumergí en La Trilogía del Vagabundo del escandinavo Knut Hamsun, un escéptico incurable que afirmó: «Los años no traen madurez alguna, únicamente traen la vejez»; entonces, como no tenía idea de lo que era en carne propia, ni acaso en ajena, la vejez, le creí. Ahora ya no estoy convencido de que sea así, porque si bien he conocido a muchos que en efecto envejecen sin madurar, también sé de otros que saben extraer el zumo de cada hora vivida y son capaces de ofrecer el buen vino de los años a las nuevas generaciones.

Por entonces también me llamó poderosamente la atención la reflexión de José Martí sobre el arte literario, en el sentido de que la poesía surge con frecuencia en la juventud con todas sus galas, mientras la prosa viene con los años, la buena prosa. Hay algo de cierto en esto, no son pocos los románticos que ya tenían una cosecha rica en su favor antes de cumplir los treinta años, entre ellos ese barbado Víctor Hugo que ahora está cumpliendo un par de siglos, y sus célebres novelas, en cambio, aparecieron de los cuarenta en adelante. Muy jóvenes eran Neruda, Julián del Casal, José Asunción Silva, Huidobro y sus versos ya ardían en la gran fogata literaria,

dando luz a numerosos lectores. Pero, ¿siempre ha sido? ¿o será un ideal ese Rimbaud que lo dijo todo en versos juveniles y después hizo mutis? Ese Rimbaud que hizo bueno lo de «Di tu palabra y rómpete».

Hay de todo, cada uno cuenta su experiencia, mas yo prefiero seguir la pauta del regocijante Tito Monterroso quien nos advierte: En literatura no hay nada escrito. Y más aún, el último tercio del siglo XX, confirmó la justeza, el alto vuelo lírico o la hondura de obras poéticas nacidas en la madurez, sin olvidar que el gran Whitman dio lo mejor de sí cuando entraba en los cuarenta y aún después, y Homero, si es que existió, parece haber cantado mejor cuando sus barbas iban del gris al blanco desvaído. Ahora mismo en La Habana, una poetisa de ochenta y ocho años, Serafina Nuñez, lanza al ruedo un bello poemario escrito en los años que van de 1995 a 1999 y otros cuatro publicó a partir de 1992. ¿Entonces? Basta de especulaciones, atengámonos a lo que afirmó Horacio Quiroga, atender a lo conseguido, porque: en arte no hay más que el hecho consumado.

Pienso en todo esto al volver a los poemas de Edmundo Aray, recogidos en una docena de cuadernos, al descubrir lo novedoso de los más recientes y adentrarme en los que conforman la antología Laberinto de amor. Hace quince años escribí un texto nombrado «Edmundo Aray en el techo móvil de la ballena», en el que trazaba el perfil de un autor (y no sólo de un poeta) de permanente figuración en los empeños lite-

rarios de Venezuela desde fines de la década del cincuenta, y de varios países de nuestra América desde los sesenta, sin dejar a un lado su ingente labor a favor de la cinematografía latinoamericana como director, autor de guiones, crítico, animador de proyectos, promotor y más recientemente como cabeza principal de la Escuela Internacional de Cine y Televisión (Eictv), que desde San Antonio de los Baños en La Habana, hace tres lustros lleva a cabo una labor encomiable en la formación y el adiestramiento de los que están decididos a dar el perfil definitivo a un cine auténticamente nuestro, capaz de asimilar los signos de la época sin diluirse, sin convertirse en triste cola de otras cinematografías. Me referí entonces también a sus narraciones, a su principal aporte al llamado género testimonio con los cuentos del Rey del Joropo. Pero quizás esta multiplicación de faenas, esta suma de géneros-espejos que se intercomunican, haya creado una cierta confusión en el lector en lo que se refiere a su oficio de poeta, sobre cuyas características tan acertadamente reflexionó uno de nuestros (suyo y mío) autores preferidos, Cesare Pavese. Acaso esa persistencia, ese compromiso con la poesía, más que con el verso, hayan podido aquilatarlo los afortunados que dispongan de un ejemplar de la antología nombrada *Una y otra edad*, publicada en 1997 por Monte Avila, en Caracas. Aquí se juntan exponentes de un largo camino recorrido de 1956 a 1990, es decir siete lustros. En cierto poema de esa antología le pregunta a la ardiente sombra de uno de los gran-

des inconformes de nuestra generación, Víctor Valera Mora, sobre nuestro destino, el de los vivos y el de los muertos.

Siempre será la guerra, chino Valera?
Siempre la guerra.
Todo está lejos de haberse hundido.
El arca y los nuevos profetas
más dignos que el nivel de las aguas
vivimos.
Seguiremos combatiendo.
La felicidad es difícil de atrapar.
Quien lleva rama de olivo en el pico
No debe anunciarse ante el incendio.

Se trata de un ars.poética y de una ética. De una estrategia también. Pero lo que quiero subrayar es que desde los días juveniles de *La hija de Raghu* (1957) hasta los concebidos treinta años después, se advierte una línea ascendente. No quiere decir que sean más audaces o sorprendentes sino más cernidos, más metidos en las raíces, y en ciertos casos el hecho de que beban en fuentes clásicos lo hacen protagonistas no de la moda sino de la permanente modernidad.

Sin proponérselo, o con toda intención, el cuaderno más reciente de Aray, publicado el pasado año, se titula *Heredades*. Hay páginas que recrean momentos de 1956 ó 1958, otros se deslizan por la década del setenta, algunos del noventa. En

todo caso su signo es la sobriedad, la estrofa breve, las palabras justas. Pero cuidado: el autor no se arrepiente de nada. No de esas andanadas del *Twist presidencial* de 1963, ni de ese enano ofendido de *Baje la cadena*, alegre jocoso, pero no demasiado (1972) cuyo aflautado final se distancia del drama que narra la pieza:

La luna encendida y los apasionados claveles
 Testigos fueron de una inenarrable noche de amor.
 Ni de esa breve biografía irónica de
 un mandatario yanqui, tan
 cercana a la más desnuda poesía de Norteamérica,
 justamente titulada
 «*Noticias de prensa*»:
 Cuando Jimmy dijo a su madre
 Mistress Lillian

Que pensaba presentarse como Presidente,
 Mistress Lillian le respondió
 ¿Presidente de qué?

Y es por ese hilo que llegamos a *Laberinto de amor*. El gran cuerpo del libro lo conforman ocho secciones de diversa índole y prevalecen las que dan vida a Simón Bolívar y su Manuela, así como la voz femenina que en ocasiones convierte al poeta en protagonista, tal la que le confiere título al volumen.

Aunque la tersura hace pensar en los clásicos, un leve giro que subraya los elementos de la modernidad -no el llamado postmodernismo- inscribe el discurso de Edmundo en la vertiente conversacional. De modo que puede decirse una vez más: El coloquialismo ha muerto: Viva el coloquialismo: Así es. Estamos ante una conversación en el tiempo que se aparta de la estridencia y que busca la profundidad en un momento en que la tendencia es el aullido, la audacia verbal, la exageración, el detallismo erótico, o bien un retorno al hermetismo, a textos sagrados o consagrados, acaso por el temor a desnudarse en público. Porque mientras más se describe el cuerpo, con sus externas perfecciones o imperfecciones, más se oculta el alma y sus conflictos.

En este libro no prevalece la desesperación, tampoco hay un ápice de arrepentimiento. Edmundo Aray le rindió un férvido homenaje a uno de los grandes autores norteamericanos del siglo XX, el médico y poeta William Carlos Williams, cuya llama no apagaron otros notables como Eliot, Pound o Cummings (escribí médico y poeta, porque su ejercicio de la medicina no fue fugaz sino permanente y brillante) y en esas páginas de *Heredades* uno de los textos, nombrado «*En Kazan*», ratifica que no reniega el venezolano de ese pasado que es su vida de hombre adulto, experimentado, lejos de toda adolescencia lírica, de ese pasado que llevará como un equipaje necesario a sus aventuras del porvenir. Él también pudo poner al frente de Laberinto de amor este estremecedor texto

del gran norteamericano -en cuya sangre no por casualidad destacan los glóbulos febriles aportados por su madre puertorriqueña- Este fui yo/ un gorrión,/ hice lo que pude. Adiós. Y no se piense que se trata de un pajarillo débil desasido, sino de un tenaz y alado ser cuyas virtudes han sido cantadas con simpatía como lo hizo Anatole France: los gorriones, ma-
 drugadores y pobres. Y como bien lo sabe nuestro autor que vuelve a Gertrude Stein en la sección aquí llamada justamente «Pájaro», que comienza:

Los pinos estremecen el aire
 La ventana entre abierta
 Los trozos desgarrados de mis lienzos.

Y que ya en *Heredades* ha dicho con sordina: Mi corazón
 piará pájaro/ si luego cantas pájaro/ como en la primavera/
 (...) Homenaje: homenaje a tus plumas/ inundadas/ a tu fer-
 vor del aire/ a tu acción de vida interminable. Ahora bien, es
 hora de aclarar que si al comentar (no más comentar, porque
 la poesía no requiere de interpretaciones excesivas si lo es,
 y si no lo es auténticamente, como quería Rilke, menos aún)
 los aportes de este libro menciono con frecuencia páginas de
 volúmenes o cuadernos anteriores es porque estamos ante la
 continuación del canto de un autor y porque sin las raíces no
 se explica esta obra que ahora está a punto de convertirse en
 objeto de placer, es decir en un libro.

Edmundo ha tenido siempre una predilección pública por los héroes, bien sea por sus compañeros de juventud, cuya acción el tiempo ha sancionado, o por los que son poco conocidos, bien por los legendarios, los fundadores. Este es el caso de *Bolívar*. Y en su voz aquí se pone a cantar.

El Libertador en esa poesía que no por cabalgar en la estructura de la prosa deja de ser sangrantemente lírica (Si me gustan los aguaceros es porque se ofrecen como son, con inundaciones y sacudidas) y en estos tiempos en que muchos no quieren oír de hazañas pasadas porque no se atreven a protagonizar las hazañas de hoy, un fragmento del discurso del héroe evocado vale por todo un tratado de la época nuestra, más que de la suya (Amigo, no soy mantuano (...) este señor que usted ve, con todo y general Libertador, es pueblo y sólo pueblo. Que se lo digan si no mi vida, los llaneros, los guahibos, los pastores, los indios, los que cruzaron cualquier vaina desde Ocumare hasta el Potosí) así, entre la lluvia interminable, personaje secundario del tema, las meditaciones, las noticias que llegan en cartas puntuales, el graznido de la soledad, transcurre esta primera parte del libro que todo lector puede disfrutar y más aún los que frecuentan los papeles signados de la historia de Venezuela y de nuestra América. Enseguida llegamos al complemento de «*Simón Bolívar, ése soy yo*», claro está que se trata de «*Manuela Libertadora*», una presencia permanente en los últimos años en la escritura de Edmundo. Léase como poema, cuento, obra escénica, memoria rescata-

da, leyenda, pasaje a la historia, reconstrucción de una vida apasionante y siempre nos dará gusto... y melancolía.

A “*Jubilate Deo*” lo pueblan una multitud de autores que de algún modo están en la lavadura de la obra en proceso, de amigos que vivos o no, avivan la hoguera, de sombras, de paisajes, de mártires, de ensoñaciones:

Dígase que se cayeron los muros de la prisión
 Para que Roque Dalton enfrentara a la muerte

En la selva que entonces llamaban libertaria (...)
 Dígase que La Habana no es muro, es malecón,
 Batir de olas, piedrerío de la mar, costumbre
 De mirar azules, promontorio de mujer, alto declive.

Dalia Santiago es condenada a la maternidad lírica por Edmundo en *Crónica de nuestro amor*, aquel coloquio amoroso de 1973 que tanto nos ayudó a seguir descifrando crepúsculos y amaneceres en la década lejana en que aún la juventud no era un ardiente recuerdo. Y en este libro dice su ardorosa “Palabra de mujer”:

Ni tú eres Arthur Dimiesdale, ni yo
 Hester Prinne / Gracias a Dios.

Esa inflamada palabra de la protagonista en el ya citado “Pájaro” y llegamos a la última voz femenina invocada por Edmundo: Manuela. Desde Paita, la heroína del amor, la patriota sin límites, echa al viento sus breves cantos, pelea con las cenizas, descifra el mensaje de las gaviotas, traza palabras casi en el aire:

El amanecer / me encuentra con tu rostro /
la noche /eres tú / dentro
de mi / Paita no existe / sólo tu oleaje.
Desde Jorge Manrique a los modernos líricos,
asisten a Edmundo voces que le auxilian en
la reconstrucción en verso del fin de una vida,
en cuyo episodio último pesa, como piedra
ya sin brillo, el esplendor del pasado. Y en los “Versos del
Panteón” la historia se mete en la poesía
y dice Manuela-Edmundo:
“No protesto/ los desaparecidos/ te concedieron
la gloria / la Patria “viva”/ te la quiso arrebatat.

Ningún lector –un buen lector como quería Borges- se perderá en este laberinto que le propone Aray, porque el amor tiene sus códigos si bien cifrados nunca inalcanzables. Así lo creo.

Por último quiero destacar la unidad de esta obra formada por numerosas experiencias líricas, más principalmente por

las que son el maravilloso resultado de la vida real. Y aquí empleo el adjetivo en el sentido que le da Alejo Carpentier, es decir no necesariamente como grato, exultante sino como lo insólito de cada instante en nuestras vastas tierras de América, cuyos accidentes geográficos nos deslumbran o asustan y cuya dinámica social nos reclama y nos dice con Edmundo Aray: No te duermas.

La Habana, febrero de 2002

Luis Suardíaz

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

El poeta en su laberinto (2002). Edmundo Aray. Venezuela.
Recuperado de <https://edmundoaray.com/el-poeta-en-su-laberinto/>

EL POETA EN SU LABERINTO

El escritor y poeta cubano Luis Suardíaz Rivero realizó un importante recorrido por el trabajo poético de grandes autores como Knut Hamsun y José Martí, para destacar la labor del también poeta y ensayista venezolano Edmundo Aray, en *Antología y laberinto del amor*, el cual está conformado por ocho secciones. En el texto Suardiaz reflexiona sobre el arte de Aray en la creación de su obra, pero principalmente resalta el sentido poético de este gran autor quien le da vida a Simón Bolívar y su Manuela. Además reconoce la ingente labor a favor de la cinematografía latinoamericana como director, autor de guiones y crítico, de este gran venezolano que ha realizado grandes aportes al mundo de la literatura.

Luis Suardíaz Rivero

(Camagüey Cuba, 1936 - La Habana Cuba 2005)

Fue un poeta, ensayista, crítico, editor y periodista. En 1976 se graduó como licenciado en Ciencias Sociales. Se desempeñó como coordinador provincial de Cultura, director general de Literatura, Publicaciones y Editoriales del extinto Consejo Nacional de Cultura, y miembro ejecutivo de la Editorial Nacional de Cuba. Fungió como director de la Biblioteca Nacional “José Martí” y de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas. Su obra literaria es muy extensa, la misma contiene poemas, crónicas, ensayos y prólogos. Entre sus publicaciones destacan: *Haber vivido* (poemas), 1966, *Como quien vuelve de un largo viaje* (poemas), 1975 y *Leyenda de la Justa Belleza* (poemas), 1978, entre otros.

